

EDITORIAL

LA DONACIÓN

¿Es necesario sentir la pérdida de la salud en nuestras propias carnes para poder valorar el verdadero capital que supone el disfrute de la misma? ¿Los afectados por su pérdida, la vivencian de la misma manera? ¿El miedo a un fatal desenlace (la no recuperación ad intengrum o el exitus letalis), causa igual desequilibrio en distintas personas? Y... ¿La dependencia de la muerte de otro ser humano para sobrevivir -y por ende, el deseo de que ocurra- no es una perversión moral para quien necesita de una donación de algún órgano vital básicamente impar?.

Estas son algunas de las preguntas que aparecen en la mente de cualquier sentenciado a trasplante, que desde el momento que se convierte en candidato a ello, inicia una carrera contra la supervivencia a costa del fallecimiento de un semejante-compatible, que tal vez unas horas antes disfrutaba de un plena vivencia de salud, al menos médicamente hablando.

Estas y otras tremendas preguntas se convierten en compañeras de una tragicomedia en la que los verdaderos obstáculos son los días, las horas, los minutos, los segundos.....y que alguien "deje de necesitar" ese órgano que para nosotros significa librarnos de la fatalidad que tiene que ocurrirle a su verdadero dueño.

Se agolpan sensaciones desconocidas, intentos de negación de algo tan irreal hasta entonces como la seguridad de una muerte cercana, planteamientos de trascendencia vital, y sobre todo, un examen de conciencia tan sincero como lacerante de nuestra historia personal y nuestros compromisos y creencias.

Sin nuestro consentimiento han cambiado el guión de nuestra existencia, haciéndose omnipresentes palabras arrinconadas por comodidad como Enfermedad (aunque seas médico), Miedo (con mayúsculas), Ética personal y profesional, Creencias religiosas (tal vez olvidadas), Familia, Amistad... En definitiva, ante este cambio de guión aparece el hombre ó la mujer en estado puro, ante un juicio final que necesitas realizar por si "el otro/la otra" no se muere con la urgencia que nosotros necesitamos. Es sencillamente terrible y tan nuevo como incierto en su pronóstico y desenlace.

En esta macabra escena irrumpen con fuerza personajes de un protagonismo indiscutible: El/La Donante, La Familia-donante y el complejo Equipo de profesionales que van a realizar el mágico acto del trasplante y su seguimiento.

De estos personajes, hasta ahora anónimos, y de su correcta interpretación dependerá el desenlace de una obra macabra en la que existe un convidado de piedra, que al final será quien determine el desenlace final "el tiempo".

Soy espectador activo de este montaje escénico, que sin papel en la escena seré el más beneficiado o perjudicado del resultado final. Acostumbrado a "pisar tablas" desde mi juventud, por mi condición de médico adscrito al tratamiento de las dependencias desde 1.983, nunca había reparado en la intensidad de esta obra que se repite cada vez que una persona se ve privada de salud (mental,

física ó social), y acude con la esperanza de encontrar solución (ó cuando menos, consuelo), por parte de los que tenemos la obligación profesional ó moral de dar respuestas a veces inexistentes.

La vivencia del papel de enfermo por parte de los profesionales, humaniza para evitar errores de praxis diaria, cuando las respuestas están en los equipos asistenciales, aunque el verdadero protagonismo de la escena ante la necesidad de un trasplante inevitable está en las personas que realizan la donación y la de sus familias.

Por cierto, me sigue preocupando una cuestión que nadie ha sabido responderme: ¿Qué puede condicionar a una persona ó a sus familiares a tener el gran acto de solidaridad, de amor y de compromiso social que hagan posible la donación de órganos de forma anónima?

Difícil respuesta a la que solamente se puede corresponder con el infinito agradecimiento de los que hemos sido beneficiados por ello.

De esto he aprendido que lo que fundamentalmente se necesita ante la pérdida de salud, es sentirse tratado con la dignidad y la comprensión que te hagan más llevadero volver a tu estado inicial de salud o al fatal desenlace en un clima de solidaridad y ayuda, tarea de difícil cumplimiento en una sociedad actual de marcada tendencia hedonista.

Por ello es mayor mi admiración ante quienes adquieren el gran compromiso de la donación y animo a cuantos de forma desinteresada hacen y harán posible la misma.

Manifiesto el agradecimiento a cuantas personas hicieron y hacen posible mi recuperación, en un clima de dignidad, que ojalá encuentren en mí todos los que soliciten mi ayuda profesional.

Bartolomé Cañuelo Higuera.
Córdoba, 14 de mayo de 2003